

CUADERNOS INÉDITOS

E.M. CIORAN

Por estas fechas, la editorial Gallimard publicará los Cuadernos (1957-1972) de Cioran: una bitácora de lo cotidiano y un manual de instrucciones para sobrevivir en la tierra. En septiembre, *Le magazine littéraire* adelantó una selección de Georges Liébert, leída en el último festival de Avignon y que ahora damos a conocer a los lectores de Vuelta.

Si existe un fracasado de lo absoluto, no cabe duda de que ése soy yo. Lo digo con todo el orgullo necesario.

Escucho en mis adentros, cuando por ventura me abismo en ellos, los llamados y los desgarramientos del Caos antes de que se convierta o se degrade en un universo...

Me anima un valor negativo, un valor dirigido contra mí mismo. Orienté mi vida fuera del sentido que me prescribió. Invalidé mi porvenir.

Tengo una inmensa anticipación sobre la muerte.

Soy un filósofo-aullador. Mis ideas, si acaso existen, ladran; no explican nada, estallan.

Toda mi vida dediqué un culto a los grandes tiranos comprometidos por la sangre y el remordimiento. Erré en el camino de las Letras por la imposibilidad de matar o de matarme. Esta incapacidad, esta sola cobardía, han hecho de mí un escribano.

Soy tan renuente a la acción que para decidirme a pasar al acto debo previamente leer una Vida cualquiera de Napoleón...

Si Dios pudiera imaginar qué peso representa para mí el menor acto, se inclinaría a la misericordia o me cedería su lugar. Porque mis imposibilidades tienen, al mismo tiempo, algo infinitamente vil y divino. Nadie está menos incapacitado que yo para vivir en la tierra. Pertenezco a otro mundo, casi diría que soy de un submundo. Un escupitajo del diablo: de eso estoy hecho. ¡Y sin embargo, y sin embargo!

Ayer, en el tren que me regresaba de Compiègne a París. Sentados frente a mí, una joven (¿19 años?) y un joven. Intento luchar contra el interés que me despierta la joven, contra su encanto y, para lograrlo, me la imagino muerta, en un estado avanzado de descomposición, con los ojos, las mejillas, la nariz, los labios putrefactos. Inútil. El encanto que desprendía seguía haciéndome mella. Tal es el milagro de la vida.

Todas mis contradicciones provienen de que nadie puede amar la vida más que yo y, al mismo tiempo, padecer de manera casi ininterrumpida un sentimiento de desapego, de exilio y abandono. Soy como un goloso que perdiera el apetito a fuerza de pensar en la inanición.

Mi incapacidad de vivir sólo se equipara con mi incapacidad para ganarme la vida. El dinero no se adhiere a mi piel. Llegué a la edad de 47 años sin jamás tener un ingreso. No puedo pensar nada en términos de dinero.

Un editor americano de paso por París me escribe para preguntarme si puede visitarme en mi "oficina". ¡Mi oficina! Esto me daría náuseas para la eternidad. Ante el teléfono, el automóvil, ante cualquier aparato, me sobrecoge un insoportable movimiento de asco y de horror. Todo lo que ha producido el genio técnico me inspira un terror casi sagrado. Sentimiento de desapego total ante todos los símbolos del mundo moderno.

Desde hace 25 años, vivo en hoteles. El hecho conlleva una ventaja: no estoy atado a ninguna parte. Nada material importa, se lleva una vida de fugitivo. Sentimiento de siempre estar a punto de irse, percepción de una realidad supremamente provisional.

Me siento fuera de todo, de lo que se llama todo. Sin duda, me habrán hechizado. Estoy hechizado. Me tienen atrapado. Pero, ¿quién me tiene atrapado?

Señor, ¿por qué no tengo la vocación de rezar? Nadie en esta tierra está más cerca de Ti, ni más alejado. Una brizna de certeza, un poco de consuelo, es todo lo que te pido. Pero no puedes contestar, no puedes.

Hace unos días... estaba a punto de salir a la calle cuando, para acomodarme la bufanda, me miro en el espejo. De repente, un inefable espanto: ¿quién es este hombre? Imposible reconocerme. Por más que identificaba mi abrigo, mi bufanda, mi sombrero, no sabía quién era yo, porque no era yo. Eso duró aproximadamente treinta segundos. Cuando logré reencontrarme, el terror no cesó en el acto, sino que se fue degradando insensiblemente. Conservar la razón es un privilegio que puede sernos retirado.

¿Qué hace usted? —Me espero a mí mismo.

Nada está perdido mientras uno siga descontento de sí mismo.

Mi mayor placer sería ver el sol explotar y despedazarse, desaparecer para siempre. Por eso, ¿con qué impaciencia y alivio espero y contemplo las puestas de sol!

¿Cuán infeliz me siento por vivir en una época en la que la palabra "desesperanza" está tan manoseada y sirve para comprometerse!

De pronto, ¡el sentimiento de ser el Dueño del universo! ¡Y de poseer la clave de todos los enigmas! Dada mi vileza habitual, mi mirada ácida sobre el mundo, la certeza de mi insignificancia, ¿cómo puedo sentir un vértigo tan tónico y tan poco merecido?

Cada vez que el futuro me parece concebible y admisible, se me antoja que acabo de vencer mis humores y mis ideas. Mejor aún: que he sido visitado por la Gracia.

Me ha sucedido que me compadezca de un pedazo de metal, de cualquier cosa, porque todo lo que existe me parece abandonado, desdichado, incomprendido. El granito tal vez sufra también. Todo lo que tiene forma sufre, todo lo que está separado del caos para seguir un destino aislado. La materia está sola. Todo lo que es, está solo. ¡Nadie, ningún dios puede librar a este mundo de tan añeja soledad!

Me asombra ver la cantidad de tiempo que dedico a lamentarme de todas las cosas y, principalmente, de mí mismo. Pero, si algo valgo, es gracias a este tiempo malgastado según los hombres, aunque no según Dios.

Ayer, en el Jardín des Plantes, una foca dormitaba al sol, fuera de su estanque. Esa masa de grasa, boba, postrada, no dejó de obsesionarme: difícilmente se encontraría una mejor imagen del tedio estúpido, espeso, primordial...

(Esta foca abúlica, soy yo. Por eso me persigue y me obsesiona).

Por la mañana fui al mercado (como todos los días). Después de dar tres vueltas me fui, ante de la imposibilidad de escoger cualquier cosa. Nada me tentaba, nada me llamaba la atención. La elección siempre ha sido la plaga de mi vida.

La crisis de tedio que tuve a los cinco años (1916), una tarde que nunca olvidaré, fue mi primer y verdadero despertar de la conciencia. A esa tarde se remonta mi nacimiento como ser consciente. ¿Quién era antes? Un ser sin más. Mi yo comienza con esta fisura y esta revelación a un mismo tiempo, que cifran la doble naturaleza del tedio. De pronto, percibí la presencia de la nada en mi sangre, en mis huesos, en mi aliento, en todo lo que me rodeaba, estaba vacío como los objetos. Ya no había cielo ni tierra, sino una inmensa extensión de tiempo, de tiempo momificado.

Sin el tedio, no hubiera tenido identidad. Gracias a él, a causa de él, me fue dado conocerme. Si no lo hubiese percibido, ignoraría por completo, no sabría quién soy. El tedio es el encuentro con uno mismo —gracias a la percepción de la nulidad de uno mismo.

Mi tedio es explosivo. Es la ventaja que llevo sobre los grandes tediosos que, por lo general, eran pasivos y apacibles.

Un periodista inglés me llamó para preguntarme mi opinión sobre *Dios y el siglo veinte*. Me disponía a ir al mercado, le dije, y añadí que no estaba en la disposición requerida para discutir semejante disparate. Según pasa el tiempo se degradan los problemas y cobran la fisonomía de una época.

Sólo puedo interesarme con pasión en Dios y en lo infinitamente mezquino. Lo que cabe entre los dos polos, los asuntos serios, me parecen improbables y vanos.

Después de un mes de buen tiempo, cielo nublado. Toda mi vida estuve enamorado del mal tiempo. Las nubes me reconfortan; cuando por la mañana, desde mi cama, las veo pasar, me siento con fuerza para en-

frentar el día. Pero nunca pude habituarme al sol; no tengo suficiente luz en mí para poder acoplarme a él. No hace sino despertar, remover mis tinieblas. Diez días de cielo azul me ponen en un estado que raya en la locura.

El menor cambio de temperatura pone en tela de juicio todos mis proyectos, no me atrevo a decir todas mis convicciones. Esta forma de dependencia, la más humillante de todas, no deja de desesperarme, al tiempo que arruina las pocas ilusiones que me quedaban sobre mi posibilidad de ser libre y sobre la libertad en general. ¿Para qué pavonear si uno está a la merced de lo Húmedo y lo Seco? Se desearía una tiranía menos lamentable, dioses de otra envergadura.

En la calle, anoche, hacia las once. Una mujer llorosa me detiene... "Se echaron a mi marido, Francia está podrida, menos mal que soy bretona, me quitaron a mis hijos, me drogaron durante seis meses, etc, etc."

Al principio, no me había dado cuenta de que estaba loca, porque su pena parecía real (y lo era, por lo demás). La dejé monologar durante media hora, convencido de que hablar la aliviaría. Luego, pensé que cada uno de nosotros, en nuestras recriminaciones, hacemos lo mismo que ella, somos como ella, salvo que no las decimos al primer desconocido. ¿Acaso no me sucede a menudo que me sienta perseguido, víctima de los hombres, del destino, etc.? Si diera libre curso a mis humores, ¿no sería como esta pobre mujer?

Debo escribir algo importante, algo que me salve ante mis propios ojos. Como siempre, todo acabará siendo el fruto de la exasperación. Ya no puedo más, es preciso que estalle, que me rehabilite, que rompa el encanto de mi decadencia.

¡Qué desagradable costumbre tengo de pensar *contra* alguien o *contra* algo! Esta necesidad de guerrear con los medios del espíritu, ¿acaso provenga de una maldad insaciada e incluso de una cobardía en la vida? Es verdad que, con la pluma en la mano, me anima un valor del que nunca dispongo ante el enemigo.

Para mí, escribir es vengarme. Vengarme del mundo, de mí mismo. Prácticamente todo lo que escribí fue el producto de una venganza. Es decir, un alivio. Si la venganza desapareciera por milagro, la casi totalidad de los hombres caería presa de enfermedades mentales desconocidas hasta la fecha. La salud consiste, para mí, en la agresión. Lo que más temo es abismarme en la calma. El ataque forma parte de las condiciones de mi equilibrio.

Si todos los días tuviera el valor de aullar durante un cuarto de hora, gozaría de un equilibrio perfecto.

Paso la mayor parte de mis días rompiéndole la cara a la gente, increpándola hasta el punto de llegar a las manos. No ceso de armar escándalos de los que me avergüenzo, provocho a desconocidos, tumbo todo a mi paso, en la imaginación, todo eso hago, ¡hélas!

Vergüenza, vergüenza, vergüenza. Disputa con un comerciante a propósito de un tanque de gas. Lo amenazo, entro en tal estado de furor que ya no puedo hablar, aullo, tiemblo. Y estoy tan frenético que ni siquiera logro *mirarme*, ya no "visualizo" mi estado, a diferencia de mis cóleras cotidianas en las que me *veo* enojarme.

Sé lo que me puso fuera de mis cabales: a este comerciante lo *odio* desde hace mucho tiempo, a pesar de que lo haya visto tres o cuatro veces en mi vida. Sentí que estaba *contento* de no satisfacer mi demanda.

Cada vez más me doy cuenta de lo inútil y lo nocivo de la violencia. Pero nada se puede contra las reacciones de humor, contra el temperamento. En todo lo que me sucede, mi primer movimiento es de violencia; me abandono y me entrego a ella hasta la locura, hasta la epilepsia y luego, con el cansancio, me apaciguo y dejo de interesarme por el objeto o el pretexto que me sacó de mis cabales. La conclusión es que la razón está en el escepticismo y que siempre habría que comenzar por ahí. Pero eso es, precisamente, de lo que soy incapaz. De lo contrario, hace tiempo que habría resuelto todos mis problemas.

Estación del Norte. Un reloj marca los minutos: 16.43. Pensaba que este preciso minuto nunca regresaría, que desapareció para siempre, que naufragó en la masa anónima de lo irrevocable. ¡Cuán irrisoria e infundada me parece la teoría del eterno retorno! Todo desaparece para siempre. Nunca volveré a ver este instante. Todo es *único* y sin importancia.

El médico que ayer consulté sobre mis intestinos me pregunta si "tengo ideas de suicidio". "Toda mi vida, no tuve sino eso", fue mi respuesta. Me miró con semblante satisfecho, quiero decir: *idiota*.

Esta noche, al dar mi paseo de costumbre alrededor del jardín del Luxemburgo, no dejé de tararear canciones españolas, aparentemente en voz alta, porque todo el mundo se daba la vuelta para mirarme. Estaba en una de esas crisis en las que la exaltación prevalece sobre la depresión. Seguramente me tomaban

por un loco o, acaso, por un *bienaventurado* (no en la tierra, sino quién sabe dónde). Y en cierta forma, me sentía bienaventurado. Porque pude revivir en pensamientos aquella noche de Salamanca, cuando me levanté bruscamente de la cama, hacia las tres o cuatro de la mañana, para ir a las rocas abruptas que dominan el mar, y *acabar de una buena vez*. Estaba en pijama, con un impermeable negro encima; y me quedé horas en las rocas hasta que la luz despejó mis ideas negras. Pero, incluso antes del amanecer, la belleza del paisaje, los agaves en el camino, el ruido de las olas, el cielo, en fin, todo me pareció tan hermoso que mi proyecto me resultó impertinente y, en todo caso, precipitado. Si todo es irreal, también lo es este paisaje, me decía a mí mismo. Es posible, hasta debe ser verdad, fue mi respuesta; pero esta irrealidad me gusta, me seduce, me consuela. La belleza no es una ilusión cabal, sino una ilusión mermada, un *comienzo* de realidad.

Visita de R.F., profesor de francés en la universidad de Búfalo. Origen polaco. Sus padres murieron en Auschwitz. En 1942 fue deportado. Tenía doce años. En una estación, salta de un tren y se sube a otro de mercancías. Cuando su tren (con los deportados) arranca, *cae presa de la angustia*; se encuentra en un vagón lleno de sacos de papas. Come papas; huye a Tolosa, donde trabaja en una granja. Después de la Liberación parte a América, donde ejerce todos los oficios... Me dice que está feliz, que tiene una mujer hermosa, que le gustan los Estados Unidos, que le pagan bien. Todo lo contrario de lo que me cuentan la mayoría de los intelectuales americanos de origen europeo, casi todos amargados. Es formidable lo que puede hacer un buen temperamento: él, que debiera estar desesperado, no lo es para nada. Se *nace* feliz o infeliz.

A X, que se da terribles golpes de pecho porque se cree responsable del suicidio de su mujer, le explico que el suicidio estaba en ella, que no esperaba sino un pretexto para matarse y que, si de algo él es responsable, es de haberle dado este pretexto. Punto final. "El suicidio estaba en ella como el remordimiento estaba en usted", le digo.

¿Qué es el remordimiento? Es la voluntad de sentirse culpable, es el placer de devorarse a sí mismo, de verse y de sentirse más negro que lo que se es.

Napoleón perdió a treinta mil hombres en la batalla de Wagram, sin sentir ningún remordimiento, sino solamente mal humor. Pero, ¿para qué recordar esas cosas? El remordimiento sólo existe para los que no actúan, para los que no pueden actuar. *Para ellos, el remordimiento sustituye a la acción.*

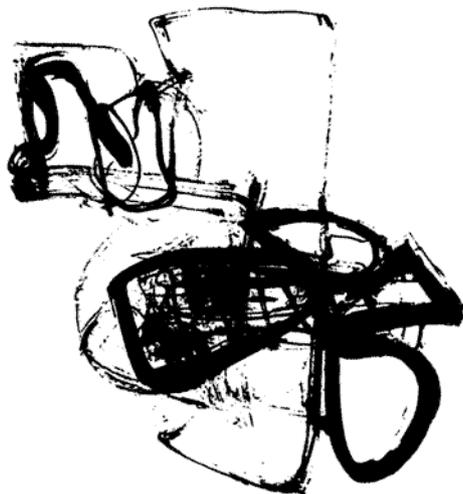
Esta madrugada, hacia las tres, de la Escuela Militar hasta el Odeón, tomé callejuelas totalmente desiertas. Ni una huella humana. Frío. Se me figuró que caminaba por una ciudad cuyos habitantes habían sido exterminados instantáneamente (¿por una guerra bacteriológica?) Ni angustia, ni satisfacción. Y pensé que uno se acostumbra rápidamente a la condición de sobreviviente.

Odio al hombre. Pero no puedo decir: odio al ser humano. En la palabra ser hay algo que no evoca precisamente lo humano. Algo remoto, misterioso, conmovedor, cualquier cosa ajena a la idea del prójimo.

Cuando se está solo, incluso cuando no se hace nada, no se tiene la impresión de malgastar el tiempo. Pero casi siempre se malgasta en compañía.

¿No tengo nada que decir? ¡Qué importa! Esta nada es real, es fecunda, porque no existe conversación estéril con uno mismo. Siempre sale algo, aunque sólo sea la *esperanza* de encontrarse algún día.

¿Quién es usted? Soy el hombre al que todo le molesta. Quiero que me dejen en paz, que no se ocupen de mí, que no se interesen por mí. Dedico mis fuerzas a suscitar una falta total de curiosidad por mí. Y sin embargo... <



Ilse Gradwohl